



Los Cuentistas

DIA DE CAMPO

POR ROBERTO MOLINA



-Usted lo que quiere es que yo le dé los cuatro décimos, y despues... ¡Si te vi ya no me acuerdo!

Por MATEOS

De paso para el lugar denominado «Las Fuentes», hicimos alto en el cortijo de doña Manuela. Era una pequeña casa de labor, rústica y blanca, con esa reverberante blancura de la cal. Al detenerse la tartana vinieron a saludarnos las mujeres del cortijo.

—Buenos días, señorita. ¿Adónde van las señoritas? ¿Van a pasar el día en «Las Fuentes»? ¿Mandan algo? ¿Quieren algo? ¿Necesitan algo?

—Aquellas mujeres, familiarizadas con la tierra, con sus vestidos rotos, sus caras tostadas y su olor a heno de los campos, ponían en las palabras y los ademanes una extraordinaria y agradable solicitud obsequiosa, que delataba la ancestral servidumbre, el campesino respeto heredado de los abuelos y que parecía una supervivencia feudal. La criada se apeó del carruaje para tomar del cortijo unas sartenes. Nuestro mayoral hablaba del estado de las siembras con la anciana guardesa, poniendo, a guisa de caricia, sus callosas manos sobre las mulas, que agitaban los collerones con su impaciente cabeceo.

Era ya entrada la mañana. Bajo la tibia llamarada solar se erguían las cebadas verdes y los trigos, prometiéndole una espléndida cosecha. Y al fondo, en la dirección de nuestro camino, se veía la obscura maraña del monte, con sus añosas carrascas empedregadas por la distancia, que parecían desde el coche espesos matorrales silvestres, agazapados a ras del suelo. No lejos del cortijo y bien amarrado a un fuerte tronco, estaba un toro corpulento y pacífico, agachado el testuz y entornados los ojos, como ofendidos por el sol.

El mayoral, que no lo había visto, experimentó al verlo de repente una viva sorpresa, y se puso contento, como un niño que encuentra su juguete predilecto.

—¿Qué hace ahí ese toro, guardesa?

—Castigao—contestó la mujer.—Lo están domando para la labranza. En cuanto venga Julián con los mansos, lo uncirán otra vez.

—Pues mientras viene Julián voy a torearlo un poco—dijo el mayoral, quitándose la blusa.

—¡No, no!—gritó la anciana, deteniéndole para estorbar su propósito.—¡Quita, por Dios! Es más bravo que los que torear. Si lo desatan somos perdidos.

Al oír estas voces asomáronse al pescante las señoras de la tartana.

—¡Eh! ¡Tomás, Tomás! ¿Qué vas a hacer? Vente a tu puesto. No nos des un susto, hijo.

Tomás, sonriendo con humildad, se recozó junto a los varales. Regresaba ya con sus sartenes la criada, y nosotros ocupamos nuestro asiento para reanudar la marcha hasta «Las Fuentes». En aquel momento los perros del cortijo comenzaron a ladrar furiosos.

—¡Va está ahí—dijo una cortijera.

—¿Quién es?—preguntamos.

—El leproso, señoritas; es el leproso. Hasta los perros le ladran. No queremos que se nos acerque. Anda por estos contornos y le dejamos la comida en una peña. Dormir, duerme en el monte.

En efecto, desde las ventanillas vimos a un hombre encorvado, con toda la traza de un pordiosero, con su zurrón al hombro y apoyándose en un garrote. Los perros le ladraban: ¡guau, guau, guau...!

La tartana reanudó su marcha. Eran tres kilómetros de camino y teníamos un apetito feroz.

—¡Vamos, Tomás, que el arroz se enfría!

—Y el mayoral, con profundo y vibrante grito, voceó:

—¡Ree, Sevillana! ¡Cuatreña! ¡Ree!

Con la puesta solar se alzó un fresco vientecillo que agitaba la hojarasca del suelo. Habíamos pasado un día felicísimo. ¡Qué sabrosa comida sobre la hierba húmeda y en torno de la enorme sartén pleotórica! Los pedazos de pollo aprisionados entre el dorado y humeante arroz! Un día de expansión, en plena naturaleza, como en el regazo de una vieja amiga, una amiga de muchos siglos, ahora remozada con nueva juventud. Y hartos de retozar, un poco sudorosos, llenos de tierra y saturados de tomiño, anhelábamos el regreso. ¡Oh! ¡Un gran día!

El mayoral, después de comer, habiase aventurado por el monte con la escopeta al hombro. A una voz nuestra regresó y desató las mulas para engancharlas a la tartana.

Entonces sucedió una cosa extraordinaria. Hallábase yo cerca del mayoral y un tanto alejado del grupo femenino, que se acomodada en el coche.

—¡Señorito!—dijo Tomás, de repente, a media voz, una voz dramática y temblorosa.—¡Señorito, por Dios!

Y vi que las mulas, estremecidas de terror, se encabritaban, pugnando por huir.

—¡El toro del cortijo!—añadió, mirándome.

Efectivamente, por entre unos arbustos próximos